

NACION Y NACIONALIDAD, UNA PERSPECTIVA DE ANALISIS HISTORICO

MIGUEL G. CAMACHO A.
Universidad del Valle
Departamento de Historia

Germán Colmenares señalaba en una reseña crítica,¹ que el tratamiento de la problemática sobre la nación y el estado es un tema de síntesis por excelencia y que requiere para su tratamiento de un trabajo de investigación original; igualmente decía que "es un tema que los historiadores miran con recelo ante la sospecha de que todavía les falta un tratamiento monográfico de alguno de los problemas cruciales del problema".

El libro de Hans Joachim König, *Auf dem Wege zur Nation. Nationalismus im Prozess der Staats- und Nationbildung Neu-Granadas 1750 bis 1856*. (En la vía hacia la Nación. El Nacionalismo en el proceso de la construcción del Estado y la Nación de la Nueva Granada 1750 hasta 1856). Steiner Verlag, Stuttgart 1988 (332 págs.) viene a llenar con creces los requerimientos que Germán Colmenares planteaba y dado que consideramos de gran importancia poder explicitar a los lectores su contenido, queremos hacer una presentación en extenso tanto de los aspectos de método como del desarrollo del tema a quienes por las dificultades del idioma no lograrán acceso a el en corto tiempo.

¹ Reseña al libro de María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810 1850*, en: Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, Vol. XXV, No. 15, 1988, p. 128-129

El profesor Hans-Joachim König, actualmente titular de la Cátedra de Historia de América Latina en la Universidad Católica de Eichstätt, Alemania, presentó este trabajo para su Habilitación (segundo doctorado y condición para alcanzar el estatus de profesor) en la Universidad de Hamburgo.

Un trabajo que trata sobre las condiciones de surgimiento, del papel y la función del nacionalismo en las diversas fases de la construcción del estado y la nación moderna, suscita no sólo en Alemania sino también en nuestro medio, más de un interrogante. En Alemania, el tema de la nación y más especialmente el del nacionalismo, requiere de un trabajo de definición conceptual muy preciso debido a las connotaciones políticas de una temática como esta y a todas las justas prevenciones que la moderna historiografía ha elevado contra el eurocentrismo y en pro de un análisis verdaderamente histórico y no metateórico. En América Latina sucede otro tanto, pero además, se suma una cierta tendencia refractaria frente a la elaboración teórica que significa pensar las relaciones de la historia del continente con la historia mundial, en buena parte porque se busca evitar caer en las formulas estereotipadas y simplistas que pretenden explicar todos los procesos históricos desconociendo las realidades concretas, pero también por las dificultades que surgen al elaborar una teoría adecuada a nuestra propia realidad. Y en relación con la historia en general, debilidad debida al aún precario nivel de desarrollo de la historia como disciplina científica en nuestro continente.

Este doble nivel de problemas son plenamente conscientes para el autor y por ello el libro se inicia con un muy interesante y denso capítulo de definición temática y establecimiento de las bases teóricas en las que se fundamenta su investigación. Ello ofrece a la historiografía colombiana, sobretodo a la que ha venido centrando su interés en el problema de la formación de la nación y el estado y la nacionalidad, una importante oportunidad de conocer nuevos horizontes teóricos y conceptuales bajo los cuales se podría avanzar en esta problemática.

Estudiando el problema de la definición del nacionalismo en la literatura mundial y latinoamericana se parte de dos consideraciones básicas sobre los problemas conceptuales referentes a la nación y al nacionalismo.

a) El conocimiento de que hasta el momento no existe ninguna definición general satisfactoria del nacionalismo, ya que todas ellas se basan más en las formas exteriores, que en las condiciones de su surgimiento y las funciones que el mismo va asumiendo en los distintos momentos históricos. Es por ello que el interés del autor se centra en analizar su carácter funcional e instrumental.

Aquí se define el nacionalismo como "...instrumento para la solidaridad y la actividad política, que sirve fundamentalmente para movilizar a sectores de la sociedad que se identifican con la 'nación' y para proteger a la colectividad concebida como 'nación' de sus enemigos internos o externos. Así, el nacionalismo puede relacionar la población que habita en los marcos de una frontera estatal o bien, servir de separador frente a otras naciones o estados. Para ello exige la absoluta preeminencia de la lealtad respecto a la 'nación' frente a otras lealtades y coloca en primacía los intereses de la 'nación' frente a los demás, como norma básica de la actividad política." (p.13)

b) La segunda consideración estriba en que existe una relación directa entre, de una parte, el nacionalismo y por otra, el proceso de la modernización y la industrialización. El "nacionalismo puede ser bajo este aspecto, una respuesta a las demandas de la modernización, en tanto -especialmente en naciones del mundo no europeo- reacciona ante el atraso y conforma una condición para el logro de metas de desarrollo de una sociedad." (p.14.)

Replanteadas así las consideraciones de orden conceptual, el marco teórico que permite un análisis como el propuesto lo ha encontrado el autor en dos modelos explicativos complementarios, que permiten estudiar históricamente y como proceso social el nacionalismo. Este es un aporte, sin duda alguna, fundamental.

El primer modelo se desprende de la obra del sociólogo de la comunicación Karl W. Deutsch,² quien plantea que el surgimiento de la conciencia nacional y del nacionalismo en un pueblo depende de la expansión, intensificación y cambios de contenido de sus costumbres y posibilidades comunicativas, las que se producen debido a una creciente movilidad social y a un avance en la integración social.

De esta manera el surgimiento de un comportamiento nacional es comprendido como un proceso social elemental y no se considera a las naciones como construcciones sociales preestablecidas, sino como resultado de un proceso mucho más largo, realizado paso a paso, de construcción de la nación hasta alcanzar una "complementaridad" social conciente. De esta manera el

2. Véase: *Nationalism and Social Communication*. Cambridge. Mass. 1953; *Nationenbildung - Nationalstaat - Integration*. Düsseldorf 1972; Deutsch and Merrit, Richard L. (Editores), *Nationalism and National Development. An interdisciplinary Bibliography*. Cambridge, Mass. 1970; en español es conocida su obra *Las naciones en curso*, F.C.E., México 1981²

nacionalismo es interpretado como una ideología, que precisamente quiere forzar este proceso mediante la comunicación más intensa dentro de una sociedad caracterizada por la comunión de lengua y cultura (p.15).

El segundo modelo aplicado para la investigación y comprensión del nacionalismo sobre la base de los cambios sociales ha sido tomado del "modelo de crisis del desarrollo político" expuesto en los trabajos del Committee on Comparative Politics.³

En esta concepción teórica sistemática se plantean las tareas y los problemas de todo sistema político. El punto de partida es que las sociedades en el transcurso de su modernización política -desarrollo político como parte fundamental de un proceso de modernización mucho más amplio- se encuentran confrontadas con seis problemas o desafíos de desarrollo, las que los gobiernos o las élites establecidas en el poder deben resolver o, de lo contrario, se cae en situación de crisis. 1- La penetración (el problema de la administración efectiva, que debe alcanzar todas las esferas de la sociedad), 2- la integración (el problema de la integración de las diferentes capas de la sociedad a la vida pública), 3- la participación (el problema de la participación política de grupos cada vez mayores de población en el dominio político), 4- la identidad (el problema de la identidad nacional, es decir la creación de una conciencia de comunidad nacional, de la identificación de las distintas capas de la población con la totalidad y con el sistema político), 5- la legitimación (del problema de la legitimidad del dominio, de la responsabilidad del gobierno y el reconocimiento del sistema por parte de la población), 6-la distribución (el problema de la repartición intersocial de bienes y servicios). De esta manera, la dirección del proceso de la modernización política y al mismo tiempo las características de un sistema político moderno se podrían definir así: la politización de la identidad, una legitimidad ampliamente basada en la efectividad; una capacidad creciente de movilización y redistribución de los bienes nacionales; la ampliación de la

3. Gabriel A. Almond, James S. Coleman, Joseph La Palombara, Lucian W. Pye, Dankwart A. Rustow, Sidney Verba, Robert E. Ward, Myron Weiner y Charles Tilly. Importantes ensayos de estos autores se encuentran concentrados en el libro de Leonard Binder et al. (Editores), *Crisis and Sequences in Political Development*, Princeton 1971; una visión general de esta concepción se encuentra en Stein Rokkan: "Die vergleichende Analyse der Staaten- und Nationenbildung. Modelle und Methoden", publicado en: W. Zapf (Editor): *Theorien des Sozialen Wandels*, Köln Berlin 1971, pps. 228-252 y en el conocido ensayo de Charles Tilly, "Western State Making and Theories of political transformation", en W. Zapf (Editor), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton 1975).

participación política; la creciente integración de los diversos sectores de la sociedad (p.16). Con este modelo se logra entonces, un marco conceptual con el cual se puede ordenar y explicar las diversas formas y funciones del nacionalismo y los movimientos nacionales en el proceso del cambio social y político.

Llegado a este punto ¿qué entiende el autor por nación y por nacionalismo? Se plantea una definición, de acuerdo con los nuevos niveles de la investigación, en la que se evitan las valoraciones negativas o positivas y se lo entiende como un instrumento para la solidaridad, activación y movilización de la población de un estado, el cual coloca el interés de la nación sobre todo lo demás (p.17, p. 300). Ya sea como consecuencia o como causa, el nacionalismo se relaciona con nación y a partir de la determinación del contenido del concepto nación, sin duda alguna, se pueden lograr criterios para la ponderación histórica del nacionalismo del que se trata, como también acerca de sus funciones. Analizando las distintas definiciones presentadas en la historiografía mundial, latinoamericana y colombiana al respecto, llega a la conclusión de que es casi imposible lograr un código de conceptos unitario al respecto y que por el contrario, mucho más productivo es no intentar comprender la multifacética realidad histórica en un sólo concepto de validez general. Por otro lado, subraya la importancia de no partir del concepto de nación como una substancia, de algo que es, sino de algo que debe ser. Vale decir, partir de la idea o proyecto de la nación, para lograr así respetar las realidades cambiantes y las modificaciones en el tiempo.

Es por ello que define la nación primero como una "comunidad (u orden) imaginada"⁴, como una representación que define la colectividad de personas como una unidad (p.28). Este planteamiento tiene la ventaja de permitir cuestionar y analizar lo que entienden por nación en un momento dado las élites contemporáneas y con cuáles criterios plausibles para las capas subalternas se define la nación, se legitima el orden dominante y se justifican los fundamentos del estado.

4. El término se debe a Benedict Anderson, *Die Erfindung der Nation, zur Karriere eines folgenreichen Konzepts*, Frankfurt, 1988. Esta corta, pero muy significativa obra sobre la identidad nacional y sus símbolos y sobre cómo ellos deben ser entendidos tanto como herencia cultural, así como fenómeno social, ha influido en la bibliografía contemporánea de manera significativa. La edición original lleva el título de *Imagined Communities, Reflections on the Origin an Spread of Nationalism*, Verso Editions, Londres 1983

Sólo en una segunda fase de la investigación, cuando el historiador puede evaluar y ponderar, se presenta el momento de cuestionar el grado de desarrollo de la nación. La medida para ello es la coincidencia o discrepancia entre lo que la élite cree o pretende haber logrado con la nación y, lo que en la situación histórica en concreto, ha surgido realmente. Adicionalmente se asume como medida de ponderación el grado de integración social logrado entre las diversas capas sociales, ya que es un índice considerado elemental en la existencia de la nación.

El autor se apoya también en las tesis de Stein Rokkan,⁵ quien plantea que sociedades organizadas en estados sólo pueden llamarse naciones, cuando en el transcurso de su devenir alcanzan algunas características (sistema de valores unificado, creciente movilización y participación política de la población y avances tendientes a la igualdad en las oportunidades económicas) y que la participación decisiva en este proceso (que puede pasar por cuatro etapas) le cabe a las élites dirigentes, ya que si bien son ellas las que impulsan básicamente las movilizaciones, limitan, por otra parte, la ampliación de la participación política y económica de manera que pueden, incluso, bloquear el desarrollo de la nación.

Si se pudieran resumir estas consideraciones teóricas, podríamos presentar los pasos metodológicos escogidos por el autor de la siguiente manera: análisis de las condiciones de surgimiento del nacionalismo sobre la base del proceso de modernización y determinación del grupo social portador del nacionalismo así como sus modelos ideológicos y organizativos; análisis y evaluación de las funciones del nacionalismo para los cambios acontecidos, para el proceso de surgimiento de la nación y para las capas portadoras del mismo. Con estos pasos metodológicos y con las definiciones ya presentadas de nación, nacionalismo y devenir de la nación, el nacionalismo conforma un objeto pleno de sentido para la investigación histórica, tanto para Europa, como para cualquier otra región del globo terráqueo.

Es por ello que el trabajo investiga las condiciones de surgimiento y las formas de desarrollo del nacionalismo en diferentes etapas del proceso de construcción del estado y la nación en la Nueva Granada, interrogándose sobre el significado

5. Cfr. "Dimensions of State Formation and Nation Building. A possible Paradigm for Research on Variations within Europe", en: Ch. Tilly (Editor), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton 1975

del nacionalismo en el proceso de la construcción de la nación en Colombia, para así valorarla diferenciadamente en sus funciones y tendencias

La investigación se apoya ampliamente en las manifestaciones públicas y privadas de las fuerzas políticas decisivas sobre cuestiones acerca de la separación del poder colonial, la soberanía estatal, el desarrollo nacional, tal como aparecen en discursos y escritos políticos, en panfletos, en la literatura, en las Constituciones y textos constitucionales y en artículos de prensa.

Una vez definidas las bases teóricas y conceptuales, la investigación histórica en sí se desarrolla en cuatro grandes capítulos. El primero (p.29-111) centra su interés en la fase en la cual no está presente un estado nacional propio, pero ya se percibe la reivindicación en pro de una autonomía nacional entendida en el marco del imperio colonial español, es decir autonomía "regional". Temporalmente se define esta fase desde mediados del siglo XVIII hasta los inicios de la Independencia. Es esta la época en que el proceso general de modernización comenzó a formular y practicar de nuevas ideas y técnicas en torno a los procesos industriales y políticos generados en Inglaterra, las colonias inglesas de Norteamérica y Francia. Las reformas borbónicas iban en este sentido. Pero esta política condujo a conflictos con la población colonial manifestados en crisis de legitimación y problemas de participación política. Los criollos, como grupo dominante de la población de origen americano, comenzaron a pensar no sólo en dimensión local o regional, sino también en un marco nacional y a desarrollar una conciencia que se expresó primero en un patriotismo cargado de emoción, al tomar conciencia del valor y potencial del territorio en que habían nacido, y pronto, en el deseo de emancipación política, ya que las condiciones dominantes no les permitían asumir una posición de influencia propia o garantizar sus propios intereses frente a España.

Con la permanente crisis de legitimidad y de participación del imperio colonial y con el paralelo crecimiento de los conocimientos sobre los recursos y potencialidades del propio país, grupos importantes de los criollos constataron una diferencia objetiva, un "ser otro", frente a los españoles y ello menos como elemento étnico y más como elemento geográfico (es decir una diferenciación en torno al lugar del nacimiento, 'la patria'), la que precisamente se encontraba bajo condición colonial y por lo tanto desposeída de derechos a la libertad política y a la libertad de acción para el desarrollo. Se cumplió así la primera condición de la construcción de una nación, cuando una élite consciente de sus intereses delimita un territorio de acción de los mismos. A partir de este momento ella comienza a apelar a un patriotismo (algo más que el puro

sentimiento de grupo vegetativo, como era el predominante hasta entonces), cuya expresión era la frase "amor a la tierra" en oposición a "amor a la madre patria". Este patriotismo naciente tenía, al contrario del europeo de entonces, una característica muy ofensiva frente al mundo exterior, de manera que el nacionalismo resultante de esta instrumentalización del patriotismo estaba dirigido hacia el exterior. Los criollos pro independentistas que pronto comenzaron a llamarse patriotas, apelaban a este patriotismo tratando de fortalecerlo argumentativamente y cargarlo así de significación política, a fin de poder convertirlo en instrumento de su política de construcción de una nación propia. Como España no logró resolver satisfactoriamente las necesidades de modernización, se configuró una crisis de legitimidad y participación: la conciencia de los criollos se transformó en un patriotismo ofensivo.

Así se inició la lucha contra España y la movilización de los neogranadinos, para definir los propios derechos y la creación de un propio estado, el cual debía poseer todos los aspectos positivos que le hacían falta al estado español: libertad, igualdad y posibilidad de desarrollo.

El segundo capítulo (p.112-196) se ocupa de los "resultados" del temprano patriotismo neogranadino y del movimiento independentista en su primera etapa 1810 - 1816. Fue precisamente en este momento, cuando, como consecuencia de la ruptura con la 'madre España', el nacionalismo tuvo que alcanzar especial significado y cuando se tuvieron que colocar nuevos puntos de referencia para lograr justificar la creación de un nuevo sistema político para obtener así su reconocimiento por parte de los más amplios grupos de la población. De manera que en esta segunda fase el nacionalismo también iba dirigido hacia fuera, contra España: un nacionalismo anticolonial, al que le interesaba primero la conquista de la independencia y lograr una diferenciación radical con respecto a España.

El círculo de los patriotas, a la cabeza de la nueva organización estatal, utilizaron una serie de símbolos y metáforas para contrastar al estado soberano del poder colonial y mostrar valores que diferenciaban ventajosamente al nuevo estado: libertad, autodeterminación, derechos de igualdad, libertad económica. Valores que tocaban aspectos de la vida exterior pero también, ahora, de la vida interna. Su aplicación consecuente en la política interna hubiera significado no solamente una modificación política del estatus colonial, sino también amplias modificaciones sociales. Esto no se realizó, más bien se mantuvo como retórica política; aunque las circunstancias hacían que la defensa del exterior fuera lo primordial. Por otra parte, un gran éxito lo constituyó la movilización lograda en torno a la Independencia.

El análisis de la imágenes y símbolos nacionales (que en lo esencial reflejaban el estatus colonial) evidencia que los neogranadinos fundaban su orden nacional sobre la idea de la libertad política y la autodeterminación. Sus criterios básicos para la pertenencia a la nación no eran étnicos o culturales, sino los derechos ciudadanos (por ello eran aceptados como "patriotas", los extranjeros que aceptaran la revolución). La nación se entendía como comunidad de ciudadanos, aunque la realidad distara mucho de tal sueño. Los procedimientos de legitimación democrática del poder a través de los ciudadanos se practicaba constantemente, pero el ejercicio de los derechos ciudadanos (sobre todo el derecho pasivo y activo al voto) estaban ligados a determinadas condiciones económicas, sociales o culturales, de manera que los únicos portadores de esa legitimación permaneció siendo la élite criolla. De esta manera, la constitución de una nación de ciudadanos significó en esta fase no más que la autolegitimación de la élite criolla de latifundistas, comerciantes y empleados. Aunque, por otra parte, los valores imaginados planteados entre 1810 y 1816 siguieron actuando con posterioridad y se mantuvieron como metas en el proceso de constitución de la nación.

El significado de la concepción de la nación como comunidad de ciudadanos para las relaciones exteriores no fue irrelevante; primero, porque servía para identificarse contra el enemigo común; segundo y más significativamente, porque permitían en un momento de gran debilidad, que distintos estados emancipados, todos con la misma base de legitimación, desarrollaran gran cantidad de formas de cooperación y federación entre ellos. Así, por ejemplo, con la unión de Nueva Granada y Venezuela en una nueva unidad estatal, se llegó a una nueva fase del proceso de construcción estatal y nacional.

La segunda fase de la fundación del nuevo estado (1819 - 1830/31) se trata en el tercer capítulo (p.197-248). Con el surgimiento de la Gran Colombia, el logro de la independencia y su reconocimiento como estado soberano, se encontró la élite política ante antiguas y nuevas tareas. La fundación del nuevo estado seguía siendo una tarea básica, pero en ese momento apareció como lo primordial la definición de las fronteras y el tamaño del estado, es decir, el que la población asumiera en concreto el estado nacional y se identificara con el.

Pero las intenciones movilizadoras de la élite independentista no habían calado muy profundo. La identificación se había logrado en torno al peligro representado por la amenaza externa, pero no se había adelantado en la solidaridad interestatal (el neogranadino no se diferenciaba del americano, entre otras cosas porque la población no se caracterizaba por la presencia determinante

de grupo étnico alguno) y de esta manera la identificación se basaba aún en lo que no se era, en lugar de lo que se debería llegar a ser. De esta manera, la tan mencionada solidaridad con los indígenas, como exponentes más claros de la explotación colonial española, solo sirvió para consolidar el movimiento y sus metas: la independencia.

En correspondencia con las ideas de la libertad política determinaron las élites neogranadinas los derechos ciudadanos como criterio fundamental para la pertenencia a la nación, demostrando con ello que afiliaciones étnicas o regionales no creaban diferencias y que la igualdad política conformaba la característica del nuevo estado y era lo que unía a los miembros del nuevo estado en una nación. Por lo tanto el nacionalismo orientado a una nación de este tipo utilizaba una serie de imágenes y símbolos, escritos y orales que buscaban contraponer la situación colonial antecedente a la recién lograda condición: la metáfora de la familia, el indio como símbolo de libertad (o de oprimido) y el nuevo título de ciudadano.

Pero al caer la amenaza externa y cuando no apareció el tan anunciado progreso, resucitaron los antiguos nacionalismos (o sentimientos patrios) a pequeña escala y se convirtieron en escollos para una integración mayor. El nacionalismo, factor positivo en torno a la obtención de la independencia, se transformó tras la erección del nuevo estado, en un elemento negativo y retardador del proceso de constitución nacional; por ello el ente estatal de gran escala, la Gran Colombia, así como los demás proyectos al respecto, tuvieron un rápido final.

Un nuevo momento álgido en el desarrollo del nacionalismo se presentó a mediados de siglo. De ello se ocupa el último y cuarto capítulo (p.249-299). Tras el establecimiento de la Nueva Granada en 1831 y su reconocimiento como estado soberano, las élites políticas pudieron dedicarse a la consolidación del nuevo sistema y a impulsar la construcción de la nación. Ante todas las esperanzas y expectativas despertadas con la fundación del nuevo estado no se habían realizado. Las antiguas estructuras económicas coloniales permanecían en pie, pero por otra parte la Nueva Granada se enfrentaba cada vez más a las ofertas y demandas del nuevo mercado mundial, es decir, se veía confrontada con el proceso de modernización. Para este momento se puede constatar, en importantes grupos de la sociedad neogranadina, una reacción ante el evidente atraso económico y su preocupación por lograr una estructura económica acorde con los tiempos e impulsar un desarrollo nacional propio. Esto parecía sólo ser posible mediante una modernización estatal y económica.

La modernización propuesta se basaba en imágenes, valores y perspectivas típicos del liberalismo político y económico: la energía individual, la responsabilidad propia, el principio del libre comercio y la participación en la división internacional del trabajo mediante la exportación de productos agropecuarios, así como la descentralización estatal. Sólo se logró un cambio parcial, ya que no se abarcó toda la sociedad, ni toda la economía, ni todas las regiones. Para la movilización de amplios círculos de la población los liberales utilizaron las mismas fórmulas, conceptos y símbolos de la retórica política que habían sido aplicados anteriormente: otra vez el título de ciudadano, el cual ahora fué reconocido para todo granadino mayor y que insinuaba que las diferencias de orden económico, social o étnico ya habían sido abolidas o debían serlo a toda prisa. Estas promesas de igualdad contenidas en el título de ciudadano se complementaron y afianzaron con la fórmula de igualdad, libertad y fraternidad, con la cual las demandas políticas y económicas de los hasta entonces grupos sociales más pasivos o marginados debían ser satisfechas.

Este proyecto modernizador exigía la movilización de grandes grupos de la población, con cuya protección y apoyo se debía lograr la necesaria base social del proyecto. Una capa social se vió especialmente involucrada en este proceso, los artesanos, quienes como ninguna otra se había visto permeada al discurso liberal; pero cuando reconoció que el proyecto nacional no se dirigía a una unidad social y estatal y, que por otra parte, su situación no era tan desesperada como lo pretendían presentar las élites, tuvieron que diferenciarse y crear su propio movimiento.

Apareció así un contramovimiento con un proyecto social propio, esta vez no guiado por la élite, sino compuesto por los afectados por el nuevo sistema. Su contenido parecía ser adecuado a las condiciones de entonces (centralización administrativa y proteccionismo a la producción autóctona) en el sentido de una integración social y nacional. Su aparición y movilización dieron prueba del débil grado de identificación de la sociedad, en su conjunto, con el desde 1849 reorganizado estado y con los nuevos valores: individualismo, marcado sentimiento antiespañol, y posiciones anticlericales. Mostraba también, más allá de los datos objetivos de la desintegración de la Nueva Granada en lo político, económico y social, el poco desarrollo en la construcción de la nación. La libertad y la igualdad de la población perteneciente a la nación permanecieron apenas nominales, ya que las condiciones económicas para ellas no habían sido creadas. Objetivamente para mediados del siglo XIX la Nueva Granada no constituía una nación.

Se debe constatar sin embargo, que el nacionalismo liberal a mediados del siglo superó las reliquias de la época colonial, pero que en lugar de avanzar hacia una mayor integración social se dirigió hacia una separación social más profunda y bloqueó el cambio social para la sociedad entera. El nacionalismo modernizante liberal se convirtió en un instrumento ideológico de algunos sectores de la élite, con el cual buscaron legitimar un poder político y económico frente a las amplias masas de la población y de paso hacer respetar sus privilegios. Nuevamente el nacionalismo pasó de ser un factor positivo a uno retardante.

El nacionalismo liberal modernizante no trajo consigo mejoramiento del nivel de vida de las capas de la población y no actuó como integrador, como constructor de la nación. Sin embargo no hay que menospreciar que con ese nacionalismo, una capa de la élite ligada al negocio agroexportador, creció y se consolidó, apareciendo al lado de los viejos latifundistas y alcanzando lugares en la élite política, de modo que de allí en adelante la mera posesión de la tierra dejó de ser requisito indispensable para el poder político. A largo plazo, de esta capa y sus ideas se produjeron efectos positivos: con la exportación se mejoró la infraestructura del país; se preparó capital y se dió impulso a posteriores intentos de industrialización y también en el campo del desarrollo social se establecieron metas (participación política amplia y reparto de los recursos nacionales entre la población) que sólo podrían realizar generaciones posteriores.

Como hemos podido destacar, el valor de este libro no sólo reside en sus valiosos aportes teórico-metodológicos, que constituyen un verdadero y novedoso aporte a la historiografía colombiana. El "modelo de crisis del desarrollo político" es aplicado como un instrumento heurístico para el período y la temática con un gran resultado, sin que se le escapen al autor las problemáticas implicaciones de las teorías generales sobre la modernización. Se trata de un trabajo con una construcción transparente en la que el desarrollo del tema puede ser seguido en toda su organización lógica. Pero también es muy valioso por la amplísima y detallada elaboración de las fuentes y bibliografía utilizada (234 entradas de hojas sueltas, pequeños escritos y fuentes publicadas; 322 entradas de libros sobre el tema y el período, amén de una exhaustiva indagación de periódicos en la Biblioteca Nacional, la Luis Angel Arango y muy seguramente también en Medellín), así como el análisis de variadas fuentes gráficas.

Naturalmente, una indagación del proceso de surgimiento y desarrollo de la nación y el nacionalismo requeriría un análisis de las relaciones entre los modelos impuestos por las élites dominantes en un determinado momento a nivel nacional y los grados de respuesta de las élites y la población a escala regional, ya que es evidente el desfase entre el modelo de comunidad imaginada de carácter nacional y las lealtades locales y regionales, las que no siempre tenían que estar, y de hecho frecuentemente no estaban, en consonancia. Pero ese es otro nivel de investigación que deberá ser abordada en un futuro, para la cual el libro en mención ha abierto de una manera más que brillante el camino.